

# VIENE PER LA STRADA

Celia Moreno /  
Escuela Superior de Economía

Hay días en que recuerdo mucho a mamá. En aquel entonces se me conocía como "la hija de la italiana".

No me daba cuenta de que mamá regresaba después de las cinco de la tarde, pero quizá lo adivinaba porque algunos pescadores se embarcaban mar adentro con sus enseres; quizá por el paso de los borricos cargados de leña. No sé exactamente lo que me hacía presentir que mamá pronto estaría en casa. Y corría, cargando trabajosamente mi pala y mi cubeta. Mis pies descalzos dejaban su huella sobre la arena, huella que borraban las olas al barrer la playa en su constante ir y venir.

Llegaba exhausta a la cabaña y me detenía en el umbral de la puerta. El oleaje se estrellaba contra las rocas de la quebrada. La brisa fresca olía a palmera y las gaviotas chillaban agitando sus alas mientras el sol se reflejaba en el mar, tiñéndolo de oro.

Adentro una voz femenina entonaba una extraña canción, la cual se interrumpía cuando yo entraba.

—Al fin apareces... qué facha la tuya. Siempre vagando por ahí. ¿Qué hacías?

—Recoger caracolitos.

—Caracolitos. Ven a comer, debes tener hambre —decía mamá, depositando dentro de un cajón de madera a mi hermanita, una rubia regordeta y minúscula.

—Siento no haber podido traer spaghetti. Pobrecita mía, debes estar aburrida de comer tanto arroz. Qué calor. Hoy fue un día malo; para mí, por supuesto. El restaurante estuvo atestado de tipos pelirrojos, feos y pecosos que pedían salchichas con puré, huevos con jamón y Coca-Cola helada. En cuanto a Vladimiro ¡per la Madona! Vladimiro Spinelli aún se fastidia. Ya quisiera verlo yo, atendiendo a esos tíos locos que dan puñetazos sobre las mesas, silban y gritan idioteces cuando me ven. Además no soy pulpo. Vladimiro Spinelli bien lo sabe.

Se estiró frente al boquete que hacía las veces de ventana. El viento agitó suavemente sus cabellos negros y rizados. Su alta figura acentuábase a causa de aquel vestido de rayas verticales y las tenues, armoniosas formas se dibujaban a través de la delgada tela que se ajustaba a sus carnes húmedas.

—Mamá ¿qué es un pulpo? — pregunté escupiendo parte del arroz que no me cabía en la boca.

—Es un bicho feo con muchos tentáculos que le sirven de brazos.

Cuando hube terminado con mi plato de sopa me sentí muy cansada y bostecé. Siempre que ocurría esto, mamá empezaba a meceme entre sus brazos, junto a su pecho:

—Viene per la strada del bosco, perque no te conosco . . .

Han transcurrido muchos años desde aquel atardecer en que corría a casa sin encontrar a la mamá. La esperé esa tarde, la siguiente y la siguiente; primero, con la calma que otorga la esperanza; después, con el llanto amargo que produce la desesperación. Es decir, la esperamos. Aún resuenan en mis oídos los gritos de Marina, quien la llamaba incesantemente, mordiéndose el dorso de ambas manecitas.

Ya no la espero, porque tengo la plena conciencia de que jamás volverá.

Fijo la mirada en el plato de arroz. Después contemplo el rústico jarrón. Me gustan las gladiolas, con sus largos tallos verdes y sus flores suaves y perfumadas. Esos pétalos rosados resaltan con el amarillo vivo que cubre las paredes. El ambiente no es precisamente sobrio, pero en un titánico esfuerzo de los dueños, trata de ser conservador de huir de la vulgaridad. Afuera, la mugre y la miseria se entrelazan. Sin embargo, el cilindro toca una melodía que me hace estremecer, creo encontrarle parecido con otra melodía:

—Viene per la strada del bosco, perque no te conosco . . .

—¿Qué guisado le sirvo?

Esta brusca interrupción me sorprende momentáneamente, miro a la mujer que tengo frente a mí: es pequeña y gorda, ridículamente gorda. Su oscura tez casi se confunde con el uniforme que es del mismo color. Tiene anudado a la cintura un delantal blanquísimo y almidonado que hace juego con la cofia que descansa sobre su enmarañada cabellera. Esto le da un aspecto cómico. Sus ojos pequeños como los de un ratón, escudriñan mi semblante. Las fosas de su aplastada nariz se dilatan y contraen. Su enorme boca, de labios pintarrajeados de color bugambilia muestran enormes dientes, que trituran ruidosamente la goma de mascar.

No respondo, sólo murmuro algo que ella no sé cómo entiende. Alejándose presurosa llega junto a la cocina y grita con voz chillona:

—Nopalitos para la mesa dos.

Soy tímida, y esta timidez suele acentuarse cuando me encuentro frente a alguna mesera, porque recuerdo a otra, que era alta, esbelta, de rostro ovalado, frente amplia, nariz recta, labios pequeños y delgados, pupilas de insondable negrura: grandes, profundas brillantes, misteriosas.

Ella odiaba a los hombres que daban puñetazos sobre la mesa, silbaban y gritaban idioteces al verla pasar. Vladimiro Spinelli no le era muy simpático.

—¿Estará en algún sitio trabajando para un patrón siciliano como ella?

—¿Al pasar junto a la cocina dirá: spaghetti, pizza, chianti?

Habrá logrado huir, escapar de todo aquello que tanto le repugnaba?

—¿Acaso era necesario que Marina y yo quedásemos abandonadas?

No lo sé. Ella se encuentra en algún lugar, mientras yo la extraño y la necesito. A Marina ella no le hace falta. Marina está muerta.

Debo estar pasando por una racha sentimental para que una mesera me ponga de este humor. Será mejor que coma, de otro modo llegaré tarde a la escuela. Hace mucho tiempo que sucedió aquello: ya no soy una niña. No vivo en el sur ni existe alguien que me conozca como "la hija de la italiana".

Al salir me mezclo con los voceadores. Ésa es la hora en que pululan por las calles de Bucareli después de recoger sus diarios. Sopla el viento huracanado y frío que no logra despejar del todo mi cerebro cansado, entorpecido, embriagado por la nostalgia del recuerdo.